

Reciclaje

Jean Yves Jouannais Un jueves de cada mes, este crítico de arte celebra una conferencia performance en la planta baja del Centro Pompidou, en París

Entre la guerra y la enciclopedia

ANDREA VALDÉS

Antes de que Ambrose Bierce publicase *El diccionario del diablo*, Gustave Flaubert ya daba rienda suelta a su sarcasmo. En el *Diccionario de lugares comunes* del autor de *Madame Bovary* puede leerse lo siguiente: “Método: no sirve para nada”, y se refiere a *ideal* como “algo totalmente inútil”. Para colmo, asigna a *enciclopedia* y *guerra* la misma definición: “tronar, retumbar, gritar contra”...

No es un error. Es su modo de señalar un paradoja: si la guerra es la manera de poner fin a un conflicto que no puede resolverse mediante la razón, no deja de ser irónico la de batallas que se han librado en nombre de esta. El saber genera conflictos, pues uno siempre quiere *tener la razón*, aunque sea a la fuerza. Flaubert retomó esta idea y la llevó aún más lejos con *Bouvard y Pécuchet*, novela en la que dos copistas hambrientos de conocimiento se trasladan al campo para abordar, una a una, varias disciplinas: la agricultura, la educación, la política... Por supuesto, la decepción no se hace esperar, pues en cada caso descubren teorías que se contradicen entre sí, o que llevadas a la práctica tienen resultados catastróficos. Y vuelven a copiar. De este modo, Flaubert nos muestra cuán absurda y contraproducente resulta la acumulación sistemática del saber. De hecho, sólo en Francia, cuna de la enciclopedia, podía surgir un obra tan *antienciclopédica* como esta, aunque cabe decir que en ningún momento *Bouvard y Pécuchet* pierde su pulso idealista y romántico.

Es más, Flaubert murió antes de poder acabar esta gran obra y lo hizo de una congestión cerebral. La realidad se impuso como el mejor final. A todo esto, uno de los capítulos ausentes en este novela es precisamente el de las estrategias y arte militar, lo que nos lleva a la planta baja del Centro Pompidou, en París. Es ahí donde un jueves de cada mes, el crítico de arte Jean Yves Jouannais celebra sus conferencias performances en torno a la guerra. Lo hace inspirándose abiertamente en *Bouvard y Pécuchet*. “De ellos tomo su método y ridícula ambición”, afirma.

L'encyclopédie des guerres se llama su proyecto. Partiendo de una “acumulación azarosa de novelas,

tratados y ensayos”, Jouannais ha formado una biblioteca que va de *La Ilíada* a la Segunda Guerra Mundial, siendo los libros su única fuente de información. Si cita tanto –a Napoleón, Balzac, Julien Gracq o Vasili Grossman– es porque como la mayoría de los que asisten a sus charlas, Jouannais no ha conocido la guerra. Aunque al nacer él, su padre estaba tan nervioso que se metió en un cine a ver *Los cañones de Navarone*.

Más tarde, a los 13 años, escribió un poema a su madre: “Se trataba de un proyecto matemático que consistía en sumar la velocidad de todos los elementos usados duran-

Jouannais ha formado una biblioteca sobre la guerra que va de ‘La Ilíada’ a la Segunda Guerra Mundial

te la Segunda Guerra Mundial (submarinos, aviones, tanques). Un regalo extraño para una madre...”, explica. Pero, pese a estos dos pequeños episodios, nada le une a la guerra. Sólo una inexplicable curiosidad de la que nos hace partícipes. De sus lecturas aprendemos cosas insólitas. En la *a* de *asaisonner* (sazonar) nos remite a una expresión del argot militar: *charbonner le bouilli*, empleada en



Foto de Christian Bahier y Philippe Migeat en el Pompidou

el frente cuando, a falta de sal, los soldados especiaban con pólvora la carne. En la *b* de *bayoneta* nos explica que esta arma “tiene una función más estética que de defensa, pues corrige la distancia entre el soldado más bajo y más alto y contribuye a uniformizar la silueta del ejército, convirtiéndola en un bloque homogéneo”.

A través de Proust o Timothy Findley también aprendemos que

hay ciertos lugares que por su geografía tienden a la guerra y otros que no, como La-Tranche-Sur-Mer, hoy zona de acampada. De hecho, es cuando no divaga y se pone solemne, cuando Jouannais da en el blanco. En la *c* de *corneta*, por ejemplo, nos remite al aria de Hengjat Mariacki, que aún se toca con una nota sostenida para recordar la flecha que atravesó la garganta de un guardián justo cuando anunciaba la invasión tártara de Cracovia. También en la *c* de *chien* (perro), nos recuerda que el heroísmo no es sólo cosa de hombres y evoca el caso de Moustache, un pastor alemán que se unió a la Gran Armada y fue condecorado con una medalla. En muchos casos ilustra las entradas de su enciclopedia con una o varias imágenes entre las que establece relaciones curiosas, muy en la línea de Aby Warburg, padre de la *ciencia iconográfica* cuya obsesión por descifrar la naturaleza de la Gran Guerra alimentaría su propia locura.

A todo esto, no deja de ser curioso que el arranque de estas conferencias, que se celebrarán hasta pasado septiembre, coincida con un ciclo de Werner Herzog, alguien para quien la fuerza se manifiesta como un hecho inevitable. O como dice en uno de sus primeros cortometrajes: “La derrota es preferible a la ausencia de la guerra”. |



Jean Yves Jouannais en plena conferencia

HERVÉ VÉRONÈSE/CENTRE POMPIDOU